

V. MITOLOGIA DEL NOVECIENTOS

En la última entrega de la revista "Número" (Mayo de 1964), uno de sus Directores, el conocido crítico Sr Rodríguez Monegal, publica un trabajo sobre el tema "*Sexo y poesía en el Novecientos*". En nota final, se refiere a nuestra doble persona, con motivo de nuestra amistad juvenil con Roberto de las Carreras, autor tratado en ese estudio. Esa referencia contiene algunos datos inexactos —atribuibles, no al articulista sino a las fuentes informativas— que nos parece conveniente rectificar; no por la escasa importancia de nuestra propia biografía, sino en beneficio de la verdad histórica de esa época y del mismo autor tratado.

No es cierto que A. Zum Felde, por entonces Aurelio del Hebrón, joven aprendiz de literato, haya sido "secretario" de R. de las Carreras. Los secretarios de aquel escritor eran personas empleadas y remuneradas por ese oficio, el que consistía, principalmente, en escribir al dictado (pues él no escribía directamente, dictaba) de las dos a cinco de la tarde, en una mesa del Café Moka, junto a la vidriera que daba a Sarandí. También se ocupaban de corregir pruebas de imprenta, ir a diarios y librerías, y hacer otras diligencias relacionadas con la publicidad del célebre personaje. Aparte de ello, y como eran jóvenes de cierta cultura —recordamos a Teodoro Barboza y Zaide Fontán, estudiantes—, participaban asiduamente en las tertulias intelectuales del Moka, hacia el

atardecer Los demás participantes de esas tertulias heréticas —y de los paseos espectaculares por Sarandí, a la hora del “Tout-Montevideo”— éramos sólo sus amigos, algunos anarquistas notorios, pero en mayoría muchachos más o menos estudiantiles

No es cierto, tampoco, que el pseudo A del Hebrón vistiera como él Roberto vestía siempre de jaquet gris y ostentaba chalecos y corbatas fantásticas que había traído de París El jaquet gris era la prenda típica del dandismo literario platense, lo usaban igualmente Herrera y Reissig, José Ingenieros y otros de sus amigos, luego sus enemigos

A del Hebrón nunca lo usó, entonces porque era demasiado joven, después porque dejó de usarse (También Rodó y Zorrilla llevaron siempre jaquet, pero negro, como sus galeras)

Nuestro modesto atuendo literario juvenil consistía en chambergos negros de anchas alas, muy anchas, sobre la melena merovingia. Así representa a del Hebrón un dibujo del escultor Barbieri ilustrando un álbum de versos publicado poco después Roberto no usó nunca ni esa melena ni ese tipo de chambergo, característicos, no del dandismo sino de la bohemia, que era otro estilo, entonces en boga en todo el mundo desde Murger. Los chalecos fantásticos de Roberto no hubieran estado al alcance de nuestros medios (Tenía uno, recordamos, con un dragón chino bordado en oro sobre fondo azul claro, de muaré El que llevaba la tarde en que lo balearon, en Sarandí, era rojo, como el de Gautier)

Tampoco pudimos usar nunca sus raras y suntuosas corbatas, tampoco el famoso junco que llevaba siempre en la mano, jugando con él, como si fuera un florete

En cuanto a los versos "decadentes" que A del Hebrón hacía (o deshacía) por ese tiempo, observamos que no tenían mayor relación con la literatura de nuestro célebre personaje. Roberto no hacía versos decadentes sino prosas d'annunzianas o panfletarias, cosas distintas. El de los versos decadentes era Herrera y Reissig, su pontífice en nuestro medio, y en todo caso podrían relacionarse con su influencia, aunque su tema y su tono eran de otro carácter, como se aclara líneas abajo

Y además, estaban los otros ilustres "decadentes" Américo-hispanos Darío, Lugones, Nervo, etc. El decadentismo era el estilo poético de la época. Delmira Agustini, ¿no es, también, en gran parte, decadente?

En cuanto se refiere a la condición de "discípulo" de R. de las Carreras, que en esa nota se atribuye al pseudo del Hebrón, ha de advertirse que éste no escribió nunca, ni entonces ni después, literatura erótica, género que era la especialidad de aquel escritor. Tampoco pretendió cultivar el donjuanismo. Su verdadero maestro intelectual estaba muy lejos del Café Moka, era un "iracundo" alemán llamado Federico Nietzsche. Su adolescencia se había nutrido en la metafísica demoníaca del "Zaratus-tra" y sus malos versos "decadentes" —feliz-

mente olvidados— reflejaban precisamente esa sugestión terrible

En fin, lo que, en realidad, admirábamos y nos atraía en Roberto, no era ni su donjuanismismo (más teórico que práctico) ni su literatura erótica, sino su actitud de rebeldía y burla, el escándalo “epatant” de sus panfletos, la paradoja y la metáfora vivientes que eran él mismo, su figura y su leyenda de personaje dramático teatral, la aureola de satanismo que lo envolvía todo en medio a aquel “empedrado de trivialismo de provincia” (La frase, como se recordará, aunque robertiana, es de Herrera y Reissig, sobre quien había tan decisivo influjo, no obstante serle el otro tan superior, literariamente)

Por lo demás, y a ese respecto, es notorio que nuestra labor literaria, de orden crítico, toda muy posterior a esa época, nada tiene que ver con aquella deslumbrante tragicomedia novecentista, sobre la que cayó el telón sombrío de la primera Guerra Mundial

Queda hecha la aclaración

Pedimos perdón a los lectores por haber tenido que ocuparnos de nuestra persona

A ZUM FELDE